

Estimados colegas e invitados, en nombre de mi Universidad me siento muy honrado participar en la convocatoria de este Encuentro y en su realización, y muy agradecido a la UNAM por su hospitalidad y su eficiencia organizativa, dos virtudes que para nada sorprenden, ya que corresponden a su larga tradición, pero que siempre entibian el corazón y refrescan la mente de quienes venimos a discutir y trabajar aquí.

El tema de los rankings ha sido el central, por supuesto, y se ha abordado con solvencia, con pericia y con honradez intelectual en estas dos jornadas. Sin embargo, voy a permitirme, en esta ponencia de clausura, hacer un desplazamiento temático hacia más atrás de los indicadores y de las ponderaciones, es decir, hacia los modelos de educación, de ciencia, de investigación y de resultados que subyacen a las frías tablas de variables y que determinan su combinación.

No se alarmen, no voy a someterlos a una críptica y tediosa clase sobre teoría del conocimiento, por dos razones: la primera es que soy un médico veterinario, un educador y un gestor de políticas universitarias- todo ello desarrollado lo largo de casi cuatro décadas en la misma universidad donde estudié, la UBA – y no un epistemólogo experto. La segunda, y más importante, es que los marcos teóricos que dan soporte al debate son conocidos por todos quienes nos hemos reunido aquí.

Lo que voy a hacer entonces, es simplemente recordar algunos puntos de la agenda de la educación superior y de la medición del impacto social del conocimiento que se han ido consolidando como asuntos críticos en las últimas dos décadas.

Luego de eso, voy a tratar de resumir qué hacemos las universidades de América Latina y del Caribe – en especial las universidades públicas –, actividades y emprendimientos que *no* son competitivos en términos de marketing, y que por lo tanto ni siquiera son tenidos en cuenta como “indicadores de calidad”.

Acciones que, sin embargo, están generando significativos volúmenes de conocimiento e innovación que se transfieren a nuestras sociedades en la forma de indicadores de otra clase: de salud, de inclusión, de desarrollo, de reducción de las desigualdades, de autonomía tecnológica, de calidad ambiental, de fuentes de energía renovables y de calidad alimentaria, entre muchos otros.

Comenzando por esos puntos de la agenda, me permito repasar algunos postulados a los que, si bien no atribuyo fuerza de ley inapelable, les confiero al menos rigor y evidencia en grado suficiente como para tomarlos como un corpus teórico válido.

*Primero, acerca de la evaluación de la ciencia:* Los debates sobre la producción científica, sus impactos y su producción y transmisión por parte de las universidades no son científicos, sino políticos y éticos, y en consecuencia no generan axiomas, sino opiniones.

El objeto de la ciencia puede cambiar lentamente, pero el concepto mismo de ciencia cambia a gran velocidad, y no por motivos disciplinares sino por razones sociales y culturales: Hemos pasado de la ciencia básica a la investigación más desarrollo, y a ésta le hemos sumado la difusión social del conocimiento científico, le hemos agregado el concepto de innovación y el imperativo del desarrollo económico y hemos producido agendas públicas – explícitas o fácticas – sobre prioridades en materia de tecnología, todo eso en poco más de medio siglo. Y esto, reitero, no ha sido un avance lineal de la ciencia, sino parte del complejo progreso humano.

Los indicadores de producción científica y de transferencia de conocimientos, construidos fuera de los laboratorios, en la praxis social, y en escenarios de alta inestabilidad, reflejan un profundo cambio conceptual. La perspectiva de la complejidad nos compele a mirar cada parte como variable de una totalidad superior a la suma de sus componentes, e incluso la idea misma de la evaluación del “resultado” lleva ya bastante tiempo en crisis.

*Segundo, acerca del alcance de los parámetros de medición:* no hay ninguna posibilidad de construir parámetros de validez universal y global en materia de producción de conocimiento, ni de establecer a partir de ellos un patrón homogéneo de evaluación, financiación y planificación. Cuando se establece un patrón único *no se lo hace con base científica sino en función de intereses* que, en definitiva, aspiran a dirigir el flujo de financiamiento.

Cuando desde ciertos órganos aparentemente neutrales se nos dice, a las universidades que aseguramos la gratuidad de acceso, “ustedes tienen que cobrarles a los estudiantes para poder financiarse”, no nos están hablando desde la ciencia, sino desde un modelo político y moral.

Tampoco, en consecuencia, es posible definir un modelo único de curriculum académico, ni un sistema homogéneo de evaluación.

*Tercero, acerca de la calidad:* La calidad no es un dato natural objetivo y preexistente a la observación, sino una percepción. Como tal, está determinada por una selección apriorística de los componentes a evaluar y de su relación jerárquica. Por supuesto, es *posible* establecer convenciones que amplíen hasta la mayor extensión un modelo de percepción de calidad, siempre y cuando los actores se sienten a discutir en paridad de voz y voto y sin preconceptos. Aún así, tal convención estaría acotada a algunos aspectos básicos del conocimiento.

*Las mejores universidades del mundo no existen.* Existen las más nombradas, las más citadas en publicaciones o las mejor conocidas por estar mencionadas en películas, series de televisión o novelas y, por supuesto, entre ellas sí existen aquellas que son las mejores para un público, para un entorno e incluso para alguna o algunas orientaciones disciplinares.

Pero en términos, no sólo regionales sino incluso locales, la Universidad de Buenos Aires seguramente no es la mejor para las necesidades educativas y sociales del Noroeste de la Argentina, y en cambio resulta la institución de elección, en algunas carreras, para estudiantes de otros países de América y Europa.

*Cuarto, acerca de las oportunidades de acceso y la satisfacción de necesidades:* También la mejor universidad es aquella a la que uno está en condiciones de asistir, por los recursos económicos con que cuenta, por las lenguas que domina, por su situación familiar y vincular.

Si publicito una oferta académica como publicito perfumes o automóviles, poniendo al tope de la lista los más caros y exclusivos, *estoy volviendo a etiquetar a la educación superior como un bien transable y ésta, colegas, es una discusión ya saldada.*

Pero aún cuando, de un modo voluntarista, alguien pretendiera insistir con la consideración mercantil, me permitiría recurrir al mismo ejemplo: *Si lo que necesito es un tractor, el mejor tractor, no voy a comprarme un Bentley Continental de dos puertas para arrastrar el arado, aún cuando pudiera pagarlo.*

Hasta el mercado es capaz de ponerle límite a las excentricidades. Ni siquiera el mercado se permite ya decir, con el impudor con la que lo decía años atrás, que los mejores autos, perfumes o teléfonos celulares son usados por las mejores personas. Si eso no lo hace el mercado, menos aún podemos nosotros permitirnos decir que “los mejores” van a “las mejores universidades”, ni que los mejores maestros son los que tienen los mejores certificados. *Mucho menos, que los mejores profesionales son también las mejores personas.*

La paradoja que surge de esto, señoras y señores, si me permiten seguir con esta metáfora, es que es *imposible* conciliar la idea de universidad como un bien transable sujeto al marketing con la idea un modelo único.

Inevitablemente, tendríamos que tener modelos de universidad tractor, de universidad *superesport*, de universidad ómnibus y camión, de universidad todo terreno y así. Para establecer un modelo multifunción tengo que reemplazar el marketing por la finalidad social, y para hacer esto tendré que incorporar un par de docenas de indicadores que hoy *no* se están teniendo en cuenta. Y aún con todo eso, que sería un logro a gran escala, tampoco estaríamos en condiciones de determinar objetivamente cuáles son las mejores por la simple suma de promedios.

Sea como sea que lo hagamos, *un mapa de la oferta académica superior no puede ser una pirámide cerrada, sino una carta de accesos y trayectos múltiples, dinámicos y combinables. Una guía internacional de estudios, permanentemente renovada, y realimentada por las consultas y demandas, es un desafío interesante.* Un informe plano, cerrado y binario va a tener valor mientras dure como curiosidad periodística, lo cual, como sabemos, registra ciclos cada vez más cortos.

Como dije al principio, estas generalidades me sirven para pasar a la descripción y relato, muy sumario por cierto, de aquellas acciones que las Universidades de América Latina y el Caribe tenemos como agenda, con las diferencias del caso en lo que hace a proporción, asignación de recursos u orden de prioridades, pero con una filosofía de trabajo común.

El orden con el que voy a enunciar esta agenda es aleatorio y no expresa preponderancia de unos puntos sobre otros.

- *Pedagogía universitaria*, modernización de las herramientas didácticas, integración transdisciplinaria de los claustros:

En la última década hemos iniciado desde las universidades una revolución educativa que se avizora como permanente, porque no se trata del cambio de un modelo por otro, sino de algo mucho más abierto y ambicioso.

Promovemos un cambio en la relación maestro-discípulo, que es asimétrica, pero con el objetivo es modificar esa asimetría, no de cristalizarla. Y, al mismo tiempo, una incorporación calificada de las nuevas tecnologías de la comunicación y la información, no restringida al objetivo unidireccional de ampliar el alcance y achicar la brecha digital, sino con objetivos múltiples que incluyen la recuperación de lectura y la capacidad crítica.

Esta tarea permanente tiene, desde luego, registros cuantificables: documentos, publicaciones, trabajos grupales sobre nuevos métodos de enseñanzas de las ciencias y de evaluación de los aprendizajes, horas de seminarios, trayectos de formación docente y otros. Y, en algunos casos, se proyecta más allá de la educación superior, en la medida en que muchos de nosotros hemos incorporado como meta principal la mejora de todo el sistema educativo en sus capacidades de incorporación, retención y formación. En algunos de nuestros países, por ejemplo, han sido la iniciativa, los recursos y los docentes de la universidad pública quienes salieron a promover el uso de las computadoras e internet entre estudiantes del nivel inicial, produciendo diagnósticos y recomendaciones y creando nuevas instancias didácticas.

Para quienes viven en otras latitudes, es bueno que sepan que la variable "jóvenes que no estudian ni trabajan" es un factor de violencia urbana y delito en todo nuestro sub continente, y que nuestras universidades también trabajan e investigan para que los ciclos de enseñanza primaria y media operen como una herramienta central de inclusión y socialización.

Y esto tiene también indicadores sociales. Porque nuestras universidades no apuntan a "los mejores" sino a "la mejora"; la brecha educativa que tenemos que achicar en nuestros "países emergentes", según la nomenclatura elegante de los organismos multilaterales, es gigantesca y el esfuerzo es hercúleo, porque tenemos que quemar etapas de desarrollo e innovación luego de medio siglo de postergaciones.

- *Extensión universitaria:*

No solamente trabajamos con equipos multidisciplinarios en la intervención y el diseño y ejecución de soluciones para problemas urbanos, habitacionales, sanitarios o la atención de vulnerabilidades individuales o colectivas, sino que también incorporamos prácticas de aprendizaje-servicio, que conectan el trabajo de campo con lo académico. Paralelamente, nuestros vínculos internacionales se han acelerado y multiplicado en múltiples instancias de cooperación y participación, en el nivel de los rectorados, de las facultades y de las cátedras. Desde luego, sobre esto existen registros, indicadores de resultados, publicaciones e informes.

- *Desarrollo local y regional:*

Sin duda, la participación de nuestras universidades en proyectos de incubación de emprendimientos públicos, mixtos o privados, en roles múltiples que van desde la transferencia de tecnología hasta la proyección de riesgos y resultados, pasando por la certificación de metas parciales y el control de calidad, así como en la formación de redes nacionales, hemisféricas e internacionales de consultoría orientada al desarrollo económico y la innovación productiva, ha alcanzado magnitudes sin precedentes. Hemos creado valor agregado, pero también lo hemos recibido, porque cada una de esas intervenciones es un aprendizaje que mejora la capacidad de nuestros profesionales para resolver problemas.

- *Consultoría pública y en políticas de Estado:*

La autonomía universitaria, común a nuestra región y, más aún, conquista histórica de nuestra región, nos ha permitido, entre muchas otras cosas, mantener con el Estado y los gobiernos una relación consultiva que surge de la vocación y no de la imposición. Desde esa perspectiva, ya sea por demanda de los gobiernos o por iniciativa propia, nuestras universidades realizan intervenciones mediante proyectos, arbitrajes, transferencia de conocimientos, evaluación de proyectos públicos y auditorías de calidad institucional y/o rigor metodológico sobre organismos públicos, son convocadas a debates de comisiones legislativas, participan institucionalmente en los proyectos de reforma de códigos de fondo, así como en comités gubernamentales o multisectoriales donde se elaboran estrategias frente a pandemias sociales como las adicciones o la inseguridad vial, en fin, somos fuente de referencia para la toma de decisiones estratégicas. Y todo esto con una ventaja agregada; la conformación plural y democrática de nuestros claustros nos permite aportar miradas libres de la tensión interpartidaria y de la competencia electoral.

He elegido cuatro de un número mucho mayor de áreas de acción de la Universidad en nuestra región. Podríamos preguntarnos "*cuánto valen estos indicadores para ampliar y diversificar las mediciones de los rankings?*", pero creo que sería una pregunta incorrecta, a menos que se la haga con un visión muy transitoria y de corto plazo.

La pregunta, creo, es otra: *En qué medida el conocimiento, la difusión y la validación de estos indicadores, combinados con los ya existentes, permitirán generar un mapa interactivo, de entrada y respuesta múltiple, para mejorar la calidad y ampliar las oportunidades de educación superior?*

Mi respuesta es que sí, tenemos la posibilidad de introducir un cambio de paradigma en las calificaciones, *pero no sólo para mejorar nuestra visibilidad, sino con el fin superior de ampliar cada vez más la base de todo el sistema de educación superior.*

No nos resignamos a la formación de profesionales capaces de obtener buenos empleos y realizar innovaciones en sus campos disciplinares. Aspiramos también a formar ciudadanos capaces de cambiar el mundo.

Muchas gracias, y felicitaciones por la intensa tarea de estas jornadas.